

Quisieron hacerle presente que le hacia falta y otras cosas.

—Yo mando aquí y no gusto de que se me replique, exclamó con autoridad, iremos á pié ó como podamos á la hacienda de Guadalupe, en donde cuento con amigos y tendremos todos los caballos y mulas que queramos.

El herrero y el muchacho se volvieron al pueblo. Morelos montó en el caballo de Colás y éste y Francisco siguieron componiendo la base del ejército, que muy pocos meses despues habia de hacer temblar al gobierno español de la Nueva-Espana.



CAPITULO TERCERO.

JOBRA DE DIOS!

Mónica hizo sus lfos y se fué lo más pronto posible á Valladolid dejando abandonado el curato. Las autoridades de Carácuaro recorrieron á la mañana siguiente los alrededores, y si bien dieron con las huellas de los fugitivos, consideraron de poca importancia el negocio y ni siquiera se ocuparon en dar parte al superior de aquellos acantonamientos.

Entretanto Morelos, despues de almorzar en la hacienda de Guadalupe en union de D. Rafael Guedea, que era muy su amigo, le pidió dos mulas prestadas, un caballo de mejor alzada que los que traia y tres mozos de confianza, con cuyo aparejo vadeó el rio de las Balsas y por senderos extraviados se dirigió hasta Zacatula, que consideró un lugar de mayores recursos que cualquiera de los que atrás iba dejando.

Ya al acercarse á aquel puerto tenia veinticinco hombres de fuerza, armados de lanza, los que se le habian ido reuniendo insensiblemente, todos montados, y cosa de unos cincuenta indios á pié con hondas y costales de piedras cargados á la espalda.

Su primera idea habia sido sorprender de noche la poblacion, y por esto se estuvo á una media legua esperando á que el sol se metiera, oculto entre un bosque de palmas; pero como allí adquirió informes de que el gefe de las armas era americano y de que se tenian sospechas de que simpatizaba con los independientes, juzgó mas oportuno escribirle un papelito invitándolo á tener con él una conferencia.

D. Márcos Martinez, que era el capitán de la compañía de las milicias de aquel punto, no dejó de sorprenderse con la misiva, pues lo que menos se imaginaba era que anduvieran tan cerca los insurgentes; y aunque nunca habia oido hablar de D. José Maria Morelos, sea porque tuviera poca gana de combatir, sea porque esperara solo una oportunidad para comprometerse, mandó ensillar su caballo y siguió solo al correo que aquel le habia mandado, que no era otro que el intrépido Colás, quien gustoso habia aceptado la comision, no obstante que sabia era muy peligrosa.

Hacia mas de media hora que Morelos lleno de impaciencia habia salido tambien solo á esperarlos en medio del camino, cuando al notar que venian en su direccion dos ginetes, se adelantó hacia ellos, les marcó el alto, fué reconocida su voz por Nicolás y este le dió

la placentera nueva de que aquel que le acompañaba era nada menos que el comandante de la fuerza realista que habia en Zacatula.

Invitó á éste el cura á pasar á su alojamiento, una tosca tienda construida con ramas de árbol y frazadas, y sentados allí el uno sobre un tercio de lanzas y el otro sobre una caja de guerra, que era la primera adquirida el dia anterior por aquel ejército, convinieron sin ninguna dificultad en entrar juntos á la poblacion, ofreciendo Martinez que tanto los cincuenta hombres montados de su compañía como el parque y armas de fuego que se encontraran á mano estaban á disposicion del teniente general del cura Hidalgo, cuyas proezas no les eran en el puerto desconocidas.

En la misma noche se encontró Morelos con el mando de mas de cien hombres regularmente armados, y sin perder un tiempo que consideraba precioso, se puso en marcha al amanecer para el pueblo de Petatlan, en donde segun supo habia otra compañía de milicias, pero sin gefe, pues D. Gregorio Valdeolivar que lo era, estaba á la sazón en México y el servicio de los soldados en suspenso.

Llegó, vió y venció. La esposa de Valdeolivar tenia escondidas las armas: Morelos se las pidió; ella se resistió á entregarlas; el primero le hizo presente que era inútil toda resistencia: la segunda cedió al fin y la gente del cura de Carácuaro sacó de allí cincuenta fusiles nuevecitos, cincuenta lanzas y algunos otros

pertrechos de guerra que eran en aquel momento tan necesarios.

Morelos salió de Petatlan con doscientos cincuenta hombres bien montados y municionados y con ellos se dirigió á sorprender á Teepam, pero D. José Antonio Fuentes, comandante veterano de la tercera division de milicias del Sur, tuvo aviso oportuno y huyó casi á la vista del enemigo con la gente que pudo recoger, con dirección para Acapulco, sin que fuera necesario perseguirlo porque los soldados se le desertaron con todo y armas, no quedándole ni doce hombres que lo acompañaran en su rápida carrera. Con los dispersos y con los simpatizadores que se unieron con el caudillo insurgente, ya pudo contar con unos seiscientos hombres armados con fusiles y lanzas, habiéndose detenido para que de estas se le construyeran allí un número suficiente.

—Siguió su triunfal marcha por el Zanco y Coyuca hasta el Aguacatillo, en donde pasó revista á tres mil hombres desechando á otros tantos que no tenían armas.

—Aunque tengamos pocos pero que puedan pelear á la hora que se ofrezca, decía á sus capitanes, yo no quiero chusmas que sirven solo para embarazar los movimientos y para agotar toda clase de recursos.

He aquí las reflexiones que se hacia Morelos en aquella noche al estarse metiendo en la cama:

—Ya tengo á mis órdenes tres mil hombres de tropa regularmente armada y municionada. Con este pequeño ejército podré batir á cualquiera fuerza rea-

lista que tenga la mitad de este número: con una mayor me vencerán. Es preciso no engreirse con la buena fortuna que ahora me está sonriendo. Es verdad que hace apenas quince dias no contaba mas que con dos mozos y tres machetes; es cierto que hasta ahora no he encontrado quien me resista en ninguna parte, porque he caido de sorpresa á las poblaciones, porque los habitantes están bien animados en nuestro favor, y porque el gobierno del virey ha descuidado estos rumbos; pero no todos los dias ha de ser lo mismo. Al presente debe haber llamado ya la atencion nuestro grupo que ha comenzado á ser importante y bien pronto se nos destacarán tropas que nos destruyan si es que no se nos han destacado. Y una fuerza regular de mil y quinientos hombres veteranos podrian arrollarnos facilmente. Aquí nos sobra entusiasmo y valor; pero nos hacen falta oficiales, nos hacen falta soldados aguerridos, nos hacen falta armas y municiones, porque cuando menos la mitad de estos últimos elementos que traemos no sirven para nada. Ademas de faltarnos todo eso, nos falta tambien un buen general. Yo tengo cierto instinto que me dice lo que es bueno y lo que es malo: este fué el que me dijo cuando presencié la revista que pasó Hidalgo á sus cien mil hombres formados de chusmas indisciplinadas, que aquello era una bola infernal que no podria servirle ni para dar un asalto á una plaza medianamente defendida por tropas regulares, ni para librar un combate en campo abierto á un general experto como Calleja, y con ese instin-

to tambien he procurado tener gente útil, hasta donde me ha sido posible, que esté imbuida en los deberes que tiene que cumplir; esto es, que sepa que tiene que pelear y no que dedicarse á los desórdenes y al pillaje. ¿Y no basta ese cuidado que tengo de conducirme á mí mismo con prudencia para poder ser un buen general? Indudablemente que no me basta, pues los generales se forman grado á grado en los campos de batalla, siendo esta la profesion que necesita practicarse más para mejor aprenderse. Ni Napoleón, que segun dicen, es ahora el primer capitán del siglo surgió de la casualidad, sino que hizo su servicio militar en el arma de artilleria y se instruyó por varios años en los colegios militares de Francia. ¡Pero si da risa querer hacer cualquiera comparacion entre nosotros y los generales de profesion por mas atrasados que hayan sido en su carrera! El mismo Venegas que fué derrotado cien ocasiones por los franceses en España, y que, segun me dijo alguién, fué enviado acá porque ya no se le aguantaba, tiene que ser mil veces superior á un pobre cura que nunca ha sabido mas que predicar mal y rezar el oficio divino.

La ley de la necesidad es la que nos saca hoy de nuestras casillas y la ley de la necesidad es la que tiene que dirigirnos lo mejor que se pueda para que no hagamos muchas calaveradas. Yo no me puedo quejar de mis principios que han sido los mas felices que podia esperarse. Se me puso en la cabeza ir á ver á Hidalgo para pedirle que me ocupara á su lado

en cualquiera cosa. Me recibió así, así, como acostumbrado que estuvo á verme antes de muchacho estudiante un poco ignoranton. No podia creer que yo lo sacara de ningun atolladero y antes hizo mucho con nombrarme de primas á primeras su teniente-general, revistiéndome de plenos poderes y dándome la muy importante comision de apoderarme de la fortaleza de Acapulco para quitar al gobierno un puerto importante. ¡Hizo mucho!

Aquí Morelos se sonrió sardónicamente y continuó:

—Para esta gran empresa me dió el cura Hidalgo ciento cincuenta pesos y su bendicion. El habia empezado con menos recursos cuando hizo la revolucion en Dolores, aunque ya contaba con que le ayudarian capitanes tan distinguidos y tan valientes como Lanzagorta, Allende, Aldama y Abasolo. Cuando dió el grito de libertad se espuso á que la atencion del gobierno se reconcentrara sobre él solo y se le aniquilara con todo el poder del vireynato, y hoy merced á que el pais está infestado de partidas, hay más facilidad para formar una tropa como yo he formado la mia; pero no por eso es menos cierto, que si el Generalísimo hubiera tenido alguna confianza en mis dotes, me hubiera dado dos ó tres mil hombres de los que menos falta le hiciesen, para que me hubiera podido poner desde luego en campaña con mas probabilidades de hacer algo de provecho. La prueba mejor de que se espuso mucho el éxito de la comision que me confió, fué que estuve muy á punto de ser atrapado en mi misma casa cural, con lo que habria terminado

allí toda la revolucion del Sur. Pude escaparme, y ahora estoy aquí con el mando de tres mil soldados. ¡Sí parece un sueño! El pobre cura de Carácuaro, de la mas humilde de las feligresías, mandando de la noche á la mañana un ejército de tres mil hombres, como si le hubieran caído del cielo! Y lo mas gracioso es que con ellos he de asediar y tomar la gran fortaleza de Acapulco, que cuenta sin duda con una fuerte guarnicion lo mismo que con enormes bocas de fuego que acabarán con todos nosotros, antes de que podamos poner un pié en su recinto. Y sin embargo, lo tengo ofrecido, no me acuerdo si he dado seguridades á Hidalgo de conseguirlo y debo cumplir hasta donde sea posible tan espontáneo ofrecimiento. Quiere decir, que desde mañana muy temprano voy á dar principio á mis operaciones. No sé ni por dónde ni cómo tendré que comenzar; pero sí que una vez metido en esta empresa debo continuarla con fé, y con mas fé ahora que veo que se ha puesto de mi lado la fortuna. Yo no soy un guerrero ni cosa que se le parezca, pero sí un hombre que no conoce el temor, que desea brillar, y si no muero en las primeras jornadas, creo que he de llegar á conseguir mi objeto. No será raro que si Hidalgo sufre un golpe en que concluyan todas sus fuerzas, como mucho me lo temo, sea yo el que tenga la gloria de ir á México á decir al Sr. Venegas que nos haga el favor por bien ó por fuerza, de regresarse por donde vino. Yo dije al Generalísimo que dejara siquiera la mitad de sus tropas en Valladolid como una reserva para un

evento fatal, pero no me hizo caso. Cree el pobre viejo que con esas chusmas que lleva nadie ha de poder contenerlo, y que marchará sin obstáculos hasta asentarse en el palacio vireinal. ¡Ojalá y acierte en sus pronósticos siendo yo el que me engañe! Con que á comenzar las operaciones sobre la plaza de Acapulco. mañana muy temprano.

Bostezó el cura y al apagar la luz, como si se dirigiera á alguien, dijo jovialmente: Buenas noches.

Al poco rato, como hombre que tenia la conciencia tranquila, y que disfrutaba de una poderosa salud, comenzó á roncar.

Por la mañana, segun habia imaginado, mandó llamar á su alojamiento muy temprano á los capitanes Cortés y Valdivinos, y les dió las instrucciones correspondientes para que fueran á situarse con seiscientos hombres en el cerro del Veladero, que segun sabia, era una posicion dominante para Acapulco, desde la cual podia tenerse en continuo amago á la plaza interrumpiendo sus comunicaciones con la capital. Cada cual mandaria trescientos hombres y harian el servicio de comun acuerdo; pero en caso de un combate ó de cualquier otro lance en que fuera necesaria la unidad del mando, el segundo se pondria á las órdenes del primero.

—En caso de apuro, continuó diciéndoles Morelos yo no me retiro de estos contornos, de manera que puedan replegarse ó pedirme auxilio segun las circunstancias.

A otros de sus capitanes explicó aquella medida diciéndoles:

—Antes de poner un asedio en forma á Acapulco, necesitamos contar con todos los pueblos de la costa, y me propongo recorrerlos reuniendo armas y la gente que parezca mas útil. Por aquí hay americanos de mucho prestigio como son los Galianas y los Bravos y vamos á ver si los podemos conquistar para nuestra causa. Su unión con nosotros sería mas importante que una gran victoria. Esa fuerza colocada en el Veladero impedirá que la guarnicion de Acapulco salga á atacarnos y si sale, lo podemos saber á tiempo.

Todos quedaron muy satisfechos con las amplias explicaciones que siguió dándoles el nuevo general, el cual era de una verba inagotable cuando estaba de buen humor.

Cortés y Valdovinos cumplieron las órdenes que se les habian dado, yendo á situarse en el cerro del Veladero con unos setecientos hombres poco mas ó menos segun dicen los historiadores, y como á los de Acapulco no les convino semejante vecindad, pronto destacaron una fuerza de mas de cuatrocientos hombres bien municionados para desalojarlos, al mando del comandante D. Luis Calatayud. El gobernador Carreño permanecía en un torreón observando los movimientos de su subalterno y en mas de una vez estuvo aplaudiéndolo palpitante y gozoso.

Apenas vieron los insurgentes que una fuerza realista inferior en número venia á atacarlos, dejaron sus ventajosas posiciones bajando á encontrar al ene-

migo á la falda de la montaña. Era el 13 de Diciembre de 1810 y muy de madrugada, cuando se avistaron aquellas fuerzas. Al principio solo se enviaron algunos tiros queriéndose envolver unos á otros con falsos movimientos, hasta que los insurgentes convencidos de su superioridad numérica y de que no habia por el pronto salido ningun refuerzo de la plaza, se resolvieron á dar una carga simultánea en toda la línea. Casualmente en esos mismos momentos Calatayud que habia nombrado sus columnas dió la señal del ataque, de manera que pudo observarse muy bien que unos y otros se habian lanzado, pudiendo en tal caso augurarse uno de esos ataques terribles y encarnizados que acaban con la mitad de los combatientes.

Pero aquí sucedió de muy distinta manera. Los insurgentes helados de espanto, ante la actitud que traian los realistas, empezaron á tirar las armas y á subir el cerro, y á su vez los realistas intimidados por el grán golpe de vista que ofrecian sus contrarios, enristrando la lanza y la bayoneta hicieron lo mismo que aquellos, dejando el campo cubierto no de cadáveres pero si de fusiles y cartucheras.

El que ganó la accion fué un pequeñuelo, tambor de los insurgentes, que se habia trepado á un gran árbol para ver mejor el combate, el que luego que vió huir con tanta furia á unos como á otros alcanzó á su capitán Cortés y le dijo:

—Señor, todos los realistas van corriendo.

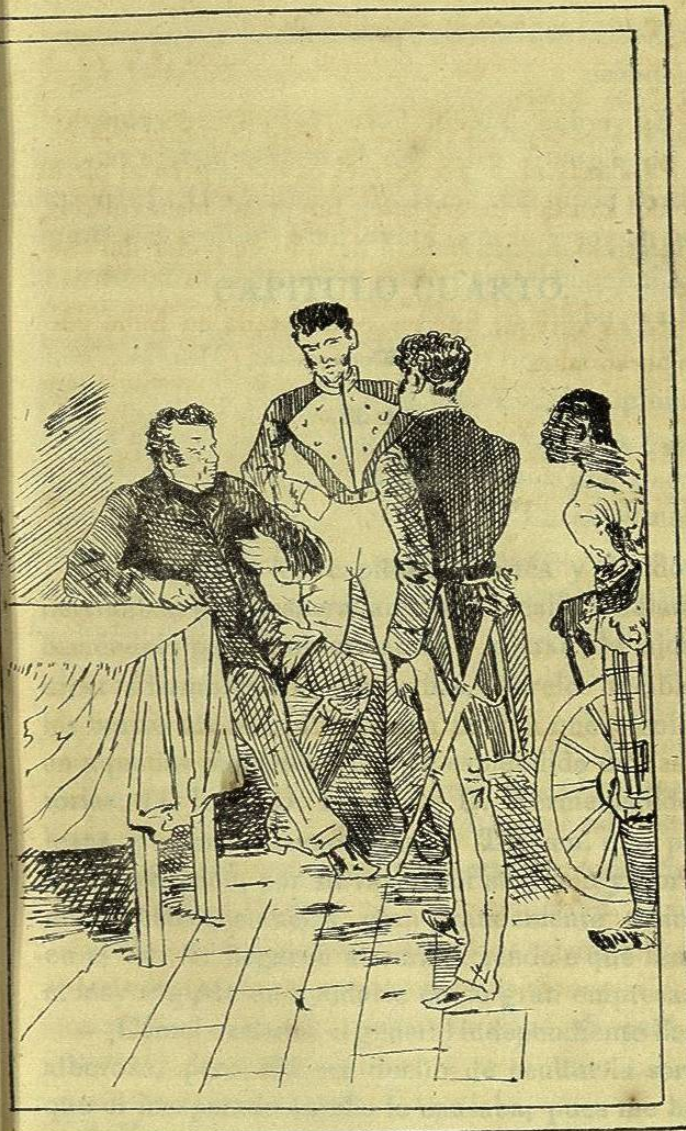
—¿Cómo es eso, muchacho?

—Yo los he visto desde aquel árbol.

—Pues entonces toca reunion y vamos tú y yo á recoger las armas.

Los realistas ya volvian al terreno llevando á la cabeza á Calatayud á recoger el campo, pero al oír el toque del tambor insurgente, huyeron despavoridos, dejando todo cuanto habian llevado en poder del enemigo.

Inútil es agregar que en esta batalla no hubo pérdidas personales.



—Es una miniatura, dijo Morelos examinándola por todas partes; es una verdadera alhaja.